

Santos próximos

Kathryn Ball-Boruff

No hace mucho, conversábamos sobre los santos con un grupo de niños de entre nueve y doce años de edad. Cuando dije que Dios nos llama a cada uno de nosotros a ser santos, un niña preguntó: “¿A poco, *usted* quiere ser santa?”

“Sí”, respondí con voz reflexiva.

“¿De verdad quiere eso?”, preguntó ella con más escepticismo del esperado.

Lo pensé un instante y dije: “Sí. Quiero ser santa”. “No me interesa ser una santa canonizado, como uno de esos santos a los que ahora les pedimos su intercesión, pero sí me gustaría mucho ser santa”.

Más tarde, pensando en el escepticismo de la niña, me di cuenta de que los santos pueden parecer muy lejanos. A veces nos concentramos en detalles de piedad o de ascetismo que nos parecen raros. Pero los santos fueron tan humanos como nosotros, y su vida estuvo llena de experiencias como las nuestras. Vistos de cerca, muchos santos son increíblemente familiares.

El interés en un santo puede llevar a otro.

Del mismo grupo, otra niña se me acercó después de ver las imágenes de los santos y me dijo: “En la Iglesia antigua, todas las mujeres parecen iguales, casi todas son religiosas o reinas”. Obviamente ella buscaba más diversidad en las imágenes femenninas de las santas. Le dije que Santa María Azalia Guérin fue una mujer de negocios y que Santa Juana Beretta Molla fue una doctora, y que ambas fueron madres de familia. La niña prosiguió su búsqueda, no solo interesada en las dos mencionadas, sino que cayó en la cuenta de que incluso entre aquellas que parecen iguales hay una gran variedad de experiencias de vida. A los niños les gustan las historias de los santos; encuentran inspiración en esas mujeres y hombres ordinarios que vivieron extraordinariamente; ellos encarnan la



Cuando escuchan sobre los santos, los niños comprenden que hay muchos modos de seguir a Jesús.

santidad y muestran que no hay solo un camino para seguir a Jesús. Hacer que los niños conozcan la gran variedad de historias de santos les abre oportunidades para encontrar un santo con quien conectar, pedirle que interceda en su favor y tenerlo como un modelo de vida cristiana para imitarlo.

Los nombres del calendario litúrgico que cuelga en nuestro comedor nos recuerda que el ritmo del año está marcado con celebraciones de esos hombres y mujeres santos. Nuestra familia celebra las fiestas de los santos de nuestros hijos, y salimos por chicharrones y un helado. En casa, tenemos bellos libros de santos para nuestros hijos, para que los vean y les sirvan de inspiración. Unos amigos y sus hijas se escogen un santo del mes. Lo eligen al azar. A su hija la menor le

interesa el ajedrez, así que eligió a Santa Teresa de Ávila, patrona de ese juego. No necesitan más y a sus hijas les gusta esta costumbre familiar.

Cuando sus niños empatizan con un santo particular, cultive ese interés natural con una tarjetita o un libro sobre la vida y virtudes de ese santo. Busque oraciones que le gustaban a ese santo, o las que él haya escrito, o las que pidan su intercesión. Muchos niños aman a San Francisco por conectar con los animales, los pobres y la paz. Hay docenas de libros para niños que cuentan su vida. A veces interesarse en un santo lleva a otro. Muchos santos tuvieron una particular admiración por un hombre o una mujer que vivió antes que ellos, y a quien los niños gustarían de conocer, y quizá emular. Podemos tener muchos amigos en el cielo.

A los niños mayorcitos, pídeles que piensen la vida de los santos con mayor profundidad. ¿Cómo hicieron para llevar una vida de virtud heroica? ¿Qué desafíos debieron vencer? ¿Cómo le gustaría crecer más como ellos?

Algún día tal vez, un niño o una niña estará reflexionando en la vida de santidad de alguno de sus hijos, porque quiere inspirarse en ellos y crecer en santidad.